

El arroyo Bistritz, crecido por lluvias torrenciales, presentaba un fuerte obstáculo al enemigo que procediera del Oeste, al paso que las alturas onduladas cubiertas de bosque que se levantan á cada lado de la carretera de Sadowa á Koniggratz, ofrecían multitud de defensas naturales que podían fortificarse mucho más con obras de tierra, troncos y ramas de árboles y baterías. La dificultad de la defensiva estaba en los flancos, pues por el Norte, entre Ratschitz, á orillas del Trotinka, Horienowes y Benatek, y por el Sudoeste cerca de Nechanitz, á orillas del Bistritz, el terreno estaba abierto al enemigo. A derecha é izquierda de Koniggratz hay alturas que dominan todo aquel terreno: al Norte, las de Lipa y Chlum; al Sur, las de Probus y Prim, elevándose las últimas doscientos pies sobre el nivel del valle del Bistritz, y sobre ellas aún se eleva otros noventa pies el pico de Chlum. En la meseta que forman estas alturas cubiertas de espeso bosque, se encuentran las aldeas de Cistowes, Maslowed y Benatek, y más lejos, en dirección Nordeste, las de Horienowes y Ratschitz, que fueron el teatro de las luchas más sangrientas en la batalla titánica de Koniggratz.

El mismo día 28 de junio, en que quedó tan bien realizada la entrada en Bohemia de todo el ejército prusiano, tuvo que rendirse cerca de Langensalz el ejército del ciego rey de Hannover. Estas victorias motivaron en Berlín una manifestación de entusiasmo. El pueblo entonó delante del palacio real el cántico: «Fortaleza sólida es nuestro Dios,» y al salir el monarca al balcón callaron y se descubrieron todos, y entonces dijo el rey á su pueblo: «Gracias, gracias por vuestro júbilo, que me llevaré al ejército. Con el auxilio de Dios hemos alcanzado la primera victoria, pero todavía nos falta mucho que hacer. Esperad y pensad en el grito de guerra: Con Dios, por el rey y por la patria. ¡Viva el ejército!» El mismo día publicó el rey una orden del día dirigida á las tropas; el 30 de junio partió para el ejército; el 2 de julio llegó á Gitschin, donde encontró al príncipe Federico Carlos ocupado en reconocimientos que dieron la certidumbre de que tenía delante, acampando entre el Elba y el Bistritz, todo el ejército austriaco. Esto decidió al príncipe á obligar al día siguiente al enemigo á aceptar una batalla decisiva y vencerle completamente con la cooperación del ejército del Elba y del príncipe heredero, plan que quedó decidido en la noche del día 2. En un consejo de guerra celebrado á las tres de la tarde bajo la presidencia del rey se había acordado hacer reconocimientos y dar á las tropas fatigadas un par de días de descanso; pero el príncipe Federico Carlos, enterado de que el enemigo estaba, no detrás, sino delante del Elba, tomó la resolución, cargando con la responsabilidad del acto, de disponer en la misma noche el avance general, ordenando á las nueve de ella la marcha de todo su ejército hacia el Bistritz. Mandó al general Herwarth que marchara con cuantas fuerzas pudiese sobre Nechanitz y cayera sobre la izquierda del enemigo; suplicó al príncipe heredero que á la mañana siguiente, á lo menos con la guardia real, se lanzase sobre el flanco derecho del enemigo en la dirección de Josephstadt, y luego el jefe del estado mayor del primer ejército enteró al rey de las últimas



EL PRÍNCIPE FEDERICO CARLOS DE PRUSIA

(según una litografía de E. Milster)



noticias y del cambio de situación, proponiendo al soberano que aprovechara la circunstancia favorable de querer el ejército enemigo, al parecer, librar batalla á este lado del Elba. A consecuencia de esto se dispuso todo con el general Moltke conforme al plan del príncipe Federico Carlos, y á media noche fué enviada la orden al príncipe heredero de que todas sus fuerzas avanzaran sobre el ala derecha, según el movimiento probable del enemigo, y atacaran cuanto antes para apoyar al primer ejército.

Entre una y dos de la madrugada del 3 de julio se pusieron en marcha los prusianos, en medio de una lluvia torrencial, hacia el Bistritz. Poco antes de las ocho se presentó el rey en una eminencia próxima á la aldea de Dub, desde cuya altura se ven Sadowa y el valle del Bistritz. Acompañaban al monarca, que montó allí el caballo después llamado Sadowa, el duque de Coburgo, de Roon, ministro de la Guerra, Moltke y Bismarck, que vestía uniforme de comandante de caballería. A las ocho empezó el fuego de artillería, que hizo patente que el enemigo tenía ocupadas con grandes masas todas las alturas y que había medido bien todas las distancias, por cuya razón su artillería hacía destrozos considerables en las fuerzas prusianas; pero á las diez los prusianos obligaron á las tres primeras baterías á retirarse, y entonces tres divisiones prusianas marcharon al asalto de Sadowa y de las aldeas inmediatas, mientras otra luchaba cerca de la aldea de Benatek, quedando otras dos de reserva. En el espacio de una hora fueron tomadas, costando ríos de sangre, las aldeas de Sadowa, Dohalitzka y Mekrovans, y la línea del Bistritz quedó en poder de los prusianos. Alrededor de Lipa, en la pendiente cubierta de bosque detrás de la aldea, tuvo que sostener durante largas horas la división prusiana al mando de Horn una lucha espantosa contra baterías escalonadas una encima de la otra, cuyos proyectiles sembraban la muerte, en un bosque del cual habían conquistado los prusianos á mediodía la mitad, mientras los austriacos se mantenían dueños de la otra mitad.

Entretanto la división Fransecky había tomado la altura de Benatek, en el lado Norte, y además había empeñado terrible lucha dentro del bosque, llamado de Maslowed y también Svip ó Vobora, que no estaba anotado en los mapas y del que nada se sabía. Estaba ocupado por el cuarto cuerpo del ejército austriaco, auxiliado por tres brigadas del segundo. Cuando Fransecky, hizo avanzar la 13.<sup>a</sup> brigada á la izquierda sobre Maslowed, y cuatro batallones de la 14.<sup>a</sup> brigada á la derecha contra el bosque, quedándose sólo con dos batallones de reserva, empezó una lucha desigual, pero sostenida con heroísmo. Tres veces intentó la 13.<sup>a</sup> brigada tomar por asalto la posición cerca de Maslowed — dos regimientos contra casi todo un cuerpo de ejército, — y tres veces fué rechazada. La 14.<sup>a</sup> brigada había penetrado en el bosque y en él se sostuvo dos horas bajo un fuego mortífero de artillería é infantería. A las once empezaban á flaquear las fuerzas de los prusianos. Los austriacos avanzaron de todos lados en masa dentro del bosque, donde su artillería sembraba en todas partes la muerte y su

victoria parecía segura; pero Fransecky hizo avanzar de Benatek sus dos últimos batallones y su artillería de reserva, y en este momento decisivo suspendieron los austriacos su avance como paralizados. Era que detrás de sus columnas habían visto la caballería prusiana del ejército del príncipe heredero, que acudía en auxilio de la 13.<sup>a</sup> brigada. La llegada de este ejército decidió la victoria más completa.

Entre doce y una ocurrió la gran crisis de la batalla. Los austriacos se sos-



El general prusiano Fransecky

tenían en todo el centro. A la derecha estaba la ventaja decididamente de su parte, y á la izquierda avanzaba muy lentamente y con grandes pérdidas el ejército prusiano del Elba, á causa de la resistencia heroica de los austriacos y sajones. Cuando Fransecky hizo avanzar sus dos últimos batallones, el príncipe Federico Carlos se decidió á hacer entrar en línea sus dos últimas divisiones. «Con gran ansiedad, escribió el rey, esperábamos la llegada del segundo ejército. En el incesante cañoneo se había acudido ya repetidas veces á las municiones de reserva, y el combate de infantería oscilaba de una parte á otra, cuando finalmente conocimos que se estaba acercando la guardia real; pero no se podía ver el combate que se libraba al otro lado de la altura, y sólo pudimos juzgar de él por la posición del enemigo, que se había puesto de flanco.



A pesar de este rodeo y del avance muy lento de Herwarth, el enemigo se mantuvo firme en el centro. Entonces, para apoyar el ataque, se mandó avanzar la quinta brigada y el regimiento número 48. Yo pasé á caballo al través de los regimientos, que me saludaron con mucho júbilo. Súbitamente se debilitó el fuego de artillería en el centro y se pidió caballería, prueba de que el enemigo empezaba á ceder. Entonces abandoné mi altura, porque la victoria empezó á decidirse á causa del ataque del segundo ejército por el flanco del enemigo, y avancé con la caballería. Encontré primero la segunda división de la guardia real, que estaba avanzando tambor batiente, y parte del regimiento de fusileros de la guardia, en medio de doce cañones que acababa de tomar al enemigo. El júbilo que estalló cuando estas tropas me vieron es indescriptible; los oficiales se precipitaron á mis manos para besarlas, lo que esta vez hube de permitir, y así pasamos, por supuesto en medio del fuego de artillería, siempre adelante, de una tropa á la otra, y en todas partes los vivas fueron interminables.»

Véase de qué manera entró el segundo ejército en acción. Después de una marcha difícilísima de cerca de tres horas por caminos enteramente reblandecidos por la lluvia, la vanguardia del príncipe heredero llegó al pie de la altura de Horienowes y del grupo de árboles de más arriba, que desde lejos parecía un solo árbol, que el príncipe heredero, según refiere en su diario, indicó como meta á todas las partes del ejército, á medida que pasaban delante de él; este camino les condujo directamente á Maslowed y al ala derecha austriaca. «Había reconocido que mi misión era caer sobre el flanco derecho del enemigo; esto es lo que grité á las columnas á medida que pasaban, y algunas contestaciones energicas que salieron de las filas, me probaron que se me había entendido.» La primera división de la guardia, Hiller, y la oncena división, Zastrow, fueron las primeras tropas del príncipe heredero que llegaron al sitio de la lucha. Aquella tomó al asalto Horienowes, y la segunda la aldea de Ratschitz, defendidas ambas por la artillería del segundo cuerpo de ejército enemigo. Con esto quedó abierto el campo de batalla á toda la guardia real. El segundo cuerpo de ejército austriaco tuvo que dejar el ataque á la división de Fransecky en el momento en que ésta se hallaba en el mayor peligro, y se vió obligado á ocupar nuevas posiciones entre Maslowed, Sendraschitz y Nedelist, para hacer frente al nuevo enemigo. Esto produjo un ancho claro entre este cuerpo de ejército y el cuarto, que continuaba peleando en el bosque de Maslowed, por cuyo claro pasó la primera división de la guardia, que dejando á Maslowed á la derecha se dirigió por una parte á la altura de Chlum y por otra á la aldea de Rosberitz, por la cual pasaba el camino de Koniggratz. Chlum era la clave de la posición de Benedek, y Rosberitz la del único camino que le quedaba para la retirada, después de haber tomado el ejército del Elba las aldeas de Problus y Prim. A las dos de la tarde los prusianos hallaron ambas posiciones sin defensa.

El haber podido penetrar las diferentes divisiones sueltas hasta aquellos dos puntos, es uno de los sucesos más maravillosos que registra la historia de las guerras, y que no se explica bastante ni por la osadía de los jefes alemanes, ni por la circunspección defectuosa de los generales de la derecha austriaca, ni por la mala actitud de algunos batallones, ni por el mal tiempo, que según Benedek dificultaba ver de lejos. La razón principal ha de buscarse en la terquedad de Benedek, que, á pesar de la experiencia, no quiso creer que el ejército del príncipe heredero le sería peligroso, y por este motivo descuidó las disposiciones más necesarias. Los doce batallones de Hiller fueron recibidos á cañonazos, pero á paso de carga y en medio de una mortandad espantosa se posesionaron de Chlum y Rosberitz; viendo debajo de ellos á todo el ejército austriaco, cuyo general en jefe se hallaba muy cerca, en Lipa, sin sospechar lo que acababa de pasar á sus espaldas. Un oficial del estado mayor, enviado para convencerse de la situación del cuarto y segundo cuerpos de ejército, que á su regreso había pasado casualmente por Chlum, fué el primero que llevó á Benedek la noticia abrumadora de que Chlum estaba en poder del enemigo. Tan increíble le pareció la noticia, que él mismo se dirigió con su séquito hacia la citada aldea, desde cuyas cercanías un violento fuego de infantería le mató algunos de sus oficiales y le convenció de la verdad del caso. Ya no se trató de alcanzar la victoria, sino de salvar la retirada, por la cual hubo dos horas de lucha espantosa alrededor de Chlum, Rosberitz y Lipa, en cuya lucha entraron continuamente nuevos regimientos de la guardia prusiana. La segunda división de la guardia, ó mejor dicho su vanguardia, tomó por asalto á las cuatro y media de la tarde la aldea de Lipa. Los cuerpos de ejército mandados por Gablenz y el archiduque Ernesto tuvieron que emprender la retirada protegidos por la caballería de Benedek. El general Hiller hizo dar la señal de reunirse á sus heroicos batallones, que se habían separado de la formidable lucha, y en el momento en que supo que estaba decidida la victoria, una granada austriaca le mató. Refiere el príncipe heredero en su diario: «El cielo empezó á serenarse y algunos rayos de sol cayeron sobre el ensangrentado campo de batalla. Acabaron de comunicarme la muerte heroica del general Hiller y de su ayudante el teniente Theissen, del cuarto regimiento de la guardia, y cuando me iba á dominar el sentimiento del dolor, oí vivas. Creíamos que era el rey que venía, pero era Federico Carlos; nos saludamos desde lejos con nuestras gorras y después nos abrazamos, en medio de los vivas de las tropas de mi ala derecha y de la suya izquierda. Dí un viva entusiasta á nuestro rey. Dos años antes le había abrazado delante de Duppel como vencedor; á la sazón éramos vencedores ambos y yo había decidido la jornada con mi ejército.»

Bismarck, que como hemos dicho asistió á la batalla á caballo, escribió sobre ella en 9 de julio: «Nuestra gente da ganas de besarla; todos valientes, despreciando la muerte, tranquilos, obedientes, cultos, con el estómago vacío, la ropa mojada, el lecho húmedo, el sueño escaso, las suelas de las botas á punto



de caer, atentos con todos, nada de saqueo ni de incendios, pagan lo que pueden y comen pan mohoso. Por fuerza ha de haber un gran fondo de temor de Dios en el hombre de nuestro pueblo; si no, no podría haber todo esto. El rey se expuso mucho el día 3, y gracias que estuve con él, porque las advertencias de todos los demás eran inútiles y nadie se hubiera atrevido á hablar como yo me lo permití la última vez, lo que dió resultado, cuando diez coraceros y quince caballos del sexto regimiento se revolcaban al lado nuestro en su sangre y las granadas volaban alrededor de nuestras cabezas. Por fortuna no reventó la peor de todas; bien que prefiero esto á un exceso de precaución. Estaba Su Majestad tan entusiasmado, y con razón, de sus tropas, que no pareció hacer caso de los proyectiles que dieron cerca de él, y estuvo tan tranquilo y sereno como si se hallara en Berlín, teniendo que dar las gracias y que saludar siempre á nuevos batallones, hasta que nos hallamos otra vez en medio del fuego.»

La persecución del enemigo derrotado fué cosa de la caballería, que persiguió á los fugitivos hasta que la noche puso fin al combate. A las ocho se presentó al rey el príncipe heredero con su estado mayor y le anunció, besándole la mano, la presencia de su ejército en el campo de batalla. El rey le abrazó sin proferir una palabra en el primer momento, hasta que volvió á ser dueño de sí y le dijo que se alegraba de los felices resultados que había tenido y que había demostrado aptitud para la dirección, por lo cual le había concedido, como ya se lo había participado por telégrafo, la orden *Por el mérito*. Mas aquel telegrama no había llegado á manos del príncipe, y entonces ofreció el rey á su hijo en el campo de batalla la condecoración militar más elevada de Prusia. Los ojos del príncipe se arrasaron de lágrimas y el sol al ponerse alumbró esta escena conmovedora con toda su magnificencia. Después tuvo el príncipe una corta conversación con el rey, al cual recomendó á los generales Blumenthal y Steinmetz para recompensarles en particular por sus méritos extraordinarios, y á propuesta del príncipe determinó el rey que la batalla se llamara de Königgratz, lo que no impide que sea generalmente conocida por Sadowa.

Los italianos habían entrado en campaña tomando el mando del ejército de operaciones el general Lamármora, cuyo plan se mantenía dentro de muy estrechos límites, debido á su carácter circunspecto, enemigo de toda osadía. Situó á Cialdini con 80.000 hombres á la orilla del Po inferior, y él mismo el 19 de junio, día de la declaración de guerra, á la cabeza de 120.000 hombres de los cuerpos de Durando, Cucchiari y Rocca, tomó posiciones en la línea del Mincio, cuyo río pasó el 23, dejando á Cucchiari en el ala derecha delante de Mantua para observar al enemigo, haciendo avanzar el cuerpo de Durando en el ala izquierda en dirección de Verona y disponiendo que el centro, mandado por Rocca, se dirigiese al Adige y se reuniera al otro lado de este río con Cialdini, que en la noche del 25 debía pasar el Po. Diseminó de este modo á sus fuerzas en la firme creencia de que el archiduque Alberto, general en jefe de las fuerzas austriacas, no pensaba en atacarle, según se le había asegurado des-

de París; pero el archiduque había pasado ya el Adige marchando al encuentro del ejército italiano, al cual esperó en la comarca montuosa entre Peschiera y Verona. Las faldas de la cadena de cerros se extienden desde Valeggio á orillas del Mincio hasta Sommacampagna al Nordeste y desde allí hasta Bussolengo á orillas del Adige al Norte. Al Sur de Sommacampagna está la llanura de Villafranca, y á mitad de camino entre Sommacampagna y Valeggio se halla Custozza á orillas del Tione, que allí atraviesa la comarca montuosa y que se dirige á la llanura al Sur. Durando había entrado con sus tropas desde Valeggio en el país montuoso al Norte, donde tuvo luchas con los austriacos, que no le dejaron pasar el Tione y que finalmente le rechazaron hasta el Mincio. El principal de estos combates sueltos tuvo efecto cerca de Custozza, que fué repetidas veces tomada y perdida. Durante estas luchas la mayor parte del cuerpo de Rocca estaba al Sudoeste cerca de Villafranca, tocándose casi con el ejército de Durando. Rocca había llegado por la madrugada de la parte de Goito, y después de haber rechazado un ataque formidable de la caballería austriaca, se mantuvo todo el día inactivo, á pesar de las instancias de Bixio y del príncipe heredero Humberto, que mandaban dos divisiones. Cuando hacia la noche Custozza fué tomada por los austriacos, éstos, después de haber arrojado de allí á los italianos, dieron un segundo ataque contra Villafranca, que fué rechazado al principio; pero al fin los italianos tuvieron que abandonar su posición y se retiraron tambor batiente sobre el Mincio.

No se puede saber si la culpa de esta derrota fué debida exclusivamente á las disposiciones de Lamármora, ó si la causa principal fué la inactividad de Rocca, que fué sometido á un consejo de guerra y absuelto, ó si finalmente el mismo rey había influido con órdenes directas en la conducta de Rocca, en cuyo caso el rey debió de obedecer á motivos políticos. De todos modos, Lamármora no se mostró á la altura de su misión, ni tampoco dió pruebas de gran general después de la derrota. Las bajas que tuvo (aproximadamente 8.100 hombres) excedieron apenas en 200 hombres á las bajas de los austriacos, que no tomaron ninguna disposición, en parte seguramente por motivos políticos, para aprovechar enérgicamente su victoria. Mas á pesar de esto, Lamármora se quiso retirar no solamente hasta detrás del Mincio, sino hasta detrás del Po, que Cialdini no había querido pasar. Al reflexionar con más calma se renunció á llegar á tal extremo. El ejército principal se detuvo á orillas del Oglio, y Cialdini prometió en una conferencia que tuvo con Lamármora el 29 de junio, en Parma, pasar el Po con todas sus fuerzas. Sin embargo, no cambió la indecisión en el campo italiano. Lamármora presentó la dimisión del mando superior, en el cual continuó en calidad de interino; Cialdini no quiso admitirlo, y así quedó paralizada en esta parte la guerra.

En tal situación se hallaba el ejército italiano cuando se recibió la noticia de la victoria de Königgratz ó Sadowa, que produjo en el mundo político europeo el efecto de un terremoto. La corte imperial de París quedó como